

Capítulo XV

Sin Tiempo para Enojos

En una tarde de un caluroso verano, y con los ajetreos de una atareada labor en mi consultorio, sentí la urgencia de ir hacia el lugar donde el río Amazonas llega a su fin. Había vivido en la cuna de su nacimiento en los Andes del Perú y navegado desde el inicio de sus humildes aguas hasta su juventud en Iquitos. De Estados Unidos iría a Manaus, Brasil, donde el río Negro se une al Amazonas, ensanchando en su trayecto y pasando Santarem, con su compañero de azules aguas, siguiendo su curso al borde del tiempo y al ocaso de su recorrido en Belém, terminando en el Océano Atlántico. Allí muere como un enorme gigante, desafiando al gran mar sin deseos de desaparecer y donde uno puede ver sus turbidas aguas, confluyendo en las profundidades del inmenso océano y dando vida al mundo de las aguas.

Así es mi descripción de este majestuoso río, tan ancho y caudaloso; sin embargo, la mórbida imaginación del inquieto *homo sapiens* trata de domesticarlo haciéndolo irrigar tierras sedientas para

producir y contribuir a la vida materialista y la destrucción de la naturaleza, que Dios nos ha dado para gozar y venerar.

El avión llegó a Manaus. Sentí el familiar abrasamiento del aire caliente y húmedo, como si estuviera en un lugar de vacaciones eternas. Caminé por muy concurridas calles. La civilización había llegado con toda su fuerza a esta selva en el centro de la amazonia. Manaus inició su desarrollo desde los días de los barones del jebe, gracias a los productos naturales extraídos de un árbol; una savia blanca como la leche, llamada “caucho”; que ahora ha sido reemplazado por productos, copiando la estructura química de esta sustancia. Manaus se formó en la opulencia y riquezas, que aún se pueden percibir en sus antiguos edificios de estilo europeo; incluyendo una casa de ópera donde cantó el gran Caruso. La ciudad aún sigue creciendo con el mismo vigor, pero ahora depende no solamente de un producto como el caucho, sino de todas las riquezas explotadas en esta, alguna vez prístina selva. Esta amazonia que da tantas riquezas naturales es subestimada en su belleza. La gente alberga en su mente monstruosas ideas de cómo extraer sus riquezas y cómo hacer de la virgen floresta un gigantesco estacionamiento de autos, y queriendo convertir el salvaje Amazonas en un río como el Sena, de Francia, donde sólo los cisnes nadan pacíficamente en sus inertes aguas.

Mientras me hallaba en la ciudad, caminé hacia la orilla del río, como si fuera una tortuga, guiado por una brújula biológica hacia la playa. Vi y puse mis manos en sus aguas turbias, las mismas que había tocado en mi juventud, y ahora traían el “quebrado” suelo de mi país y quizás en ellas, el “polvo” de mis ancestros. Me sentía en casa. Éste era el lugar al cual pertenecía. Vi las familiares embarcaciones de doble cubierta con sus hamacas colgando y sus

capitanes negociando por carga y pasajeros. Escogí mi bote por su parecido a los mismos en que viajaba en el pasado. Navegaría río abajo a Santarém, el lugar donde estaba la Clínica Esperança y donde trabajaría por las siguientes semanas y en futuros viajes. Una clínica, donde el espíritu de ayuda iluminaba las oscuras profundidades de mi corazón, atormentado por la pobreza de algunas gentes de la amazonia brasileña.

En Manaus, el río Negro, el cual está formado por los tributarios que vienen de Colombia y Venezuela, se une al Amazonas para hacerlo más ancho y más caudaloso. Los dos grandes ríos empiezan juntos, pero no mezclan sus aguas, tal como si fueran una pareja: el Amazonas, de color tierra y el río Negro, de color azul cobalto, “juntos, pero separados” pasan por la ciudad de Manaus y transcurren

¡Éste era el lugar donde yo pertenecía! Veía las familiares embarcaciones de doble cubierta con sus hamacas colgantes y sus capitanes negociando con los pasajeros. (ver pag.)



rren lado a lado en su interminable curso, hasta que se mezclan a lo largo de su trayectoria, antes de desaparecer en la vastedad del mar. Me embarqué en un pequeño bote. El olor de la comida y la carga me eran familiares y placenteras. Aquí el río es tan ancho, que la orilla opuesta es casi imperceptible, pero la corriente de las aguas no es tan peligrosa. El bote navegaba pacíficamente en sus calmas aguas. No habían esos gigantescos remolinos que podían tragarse a uno en cualquier momento como en el Perú, donde comienza el río. La gente brasilera en el bote era amigable y exuberantemente feliz, creaban música con cualquier cosa que hiciera sonido y todos cantaban al mismo tiempo. Me hacían recordar que estaba navegando en las mismas aguas que alguna vez me dieron mis primeros sentimientos de tristeza y gozo. Esos ratos felices en el bote eran como aquellos momentos que uno quisiera que la vida siempre fuera así; pero el viaje fue breve, sólo tres días. Estábamos llegando a Santarém, aún navegando en el lado “hembra” y terroso de “la Amazonas”, sin perturbar a la otra mitad “macho” y azul del río Negro. A medida que la embarcación se aproximaba a las orillas del río, las vagas y olvidadas vistas de mis tiempos idos volvían a revivir en este panorama. El litoral estaba lleno de árboles y pequeñas casas de madera, a la distancia se veía la ciudad con sus desteñidos azulejos y sus edificios de estilo europeo deteriorados por el tiempo y las tormentas, que me traían recuerdos de Iquitos...

La lancha ancló en el congestionado puerto entre cientos de botes grandes y pequeños. La gente caminaba de una embarcación a otra, como si estuviera en un parque de estacionamiento. El olor de los pescados y las frutas se mezclaba con el espíritu de la vida y yo gozaba del festivo ambiente.

Me despedí de todos los pasajeros en el bote. Ninguno era juzgado por nada, sino aceptado por lo que era. No había necesi-

dad de competir en estos olvidados lugares. Sus vidas estaban empapadas con la vibrante naturaleza y la abundante capacidad de vivir sin quejarse de sus problemas.

Cogí mi mochila y mi hamaca y bajé por el entarimado de madera. Que se movía con las suaves y pequeñas olas de este gran río. Subí al empinado puerto, abriéndome camino entre los vendedores y el tumulto que buscaba gangas. Hacía contacto con los sudorosos cuerpos de los pescadores bañados por el sol, y sus sonrisas eran la bienvenida que me daba la gente de esta encantadora ciudad amazónica. Todos se conocía entre sí, y yo era un extraño, pero aún en esos lugares, *¡Una cara inca es siempre visible!* Ellos se preguntarían de dónde vendría. Mi pipa, mi vestimenta de camuflaje y mi barba, eran algo fuera de contexto. Yo no era uno de ellos, sino algo más. Gozaba de la intriga en sus miradas interrogantes.

Los niños, tan numerosos como los peces en el Amazonas, me rodeaban y les agradaba mi apariencia y el olor del tabaco. Instantáneamente fui del agrado de la chiquillada y me llamaban “Cachimbo” (fumador de pipa), que era el nombre que después tendría allí. A veces fumo pipa en la selva, aunque no soy un fumador, es un hábito ocasional que aprendí de algunos compañeros de la escuela de Medicina. El aroma del tabaco con esencia de manzana, refrescaba el olor del putrefacto y húmedo aire de la selva, manteniendo alejados a los mosquitos y también, atrayendo la atención, permitiéndome conseguir nuevos amigos.

Harry Owens, mi buen amigo y compañero de clases en la escuela de Medicina, era también un doctor errante de los pobres. Él vivía para ayudar a otros y llevaba la existencia de un “samaritano solitario”, escribiendo poemas y sumergiéndose en la soledad de remotos lugares como las selvas del Brasil, África y los más fríos



Harry Owens, hijo del famoso director de orquesta, que condujo el notable grupo los "Royal Hawaiians", en los años 1940, y que compuso "Sweet Leilani", una pieza musical ganadora del premio de la Academia de Hollywood.

y alejados lugares de Alaska. Envié un niño a decirle al doctor Haroldo (como era conocido por todos) que viniera y me recogiera. En corto tiempo y a la distancia, veía un hombre calvo y barba gris, vestido de blanco, que venía en una motoneta. A medida que se acercaba nos reconocimos y una vez juntos abracé a Harry. Nuestras almas, recordaban en silencio los años duros en la escuela de Medicina y las mismas peripecias que nos hizo hermanos para siempre. Éste era el hombre que me dio apoyo moral en mis días más difíciles como estudiante. Éste era el amigo, que cuando yo necesi-



Inicialmente, la clínica amazónica Esperança, era de un solo piso con estructura de cemento y techo de hojalata, pintada de azul.

taba dinero, me lo ofrecía sin preguntar cuándo lo pagaría. Aún ahora todavía le debía mil dólares y él se había olvidado de esa deuda, ¡pero yo no! Le debo mucho más que eso. Harry siempre me llamaba “Siiñor”. Nuestras caras estaban un poco envejecidas por el pasar del tiempo. Nuestra alegría era un deleite para los niños que nos rodeaban; dos hombres barbudos que parecían como el Amazonas en la mitad de su recorrido, uno claro y el otro oscuro.

Salté sobre su motoneta y nos alejamos por las accidentadas y empolvadas calles. Mi corazón estaba henchido de felicidad, como si hubiera encontrado a un hermano perdido por mucho tiempo. Llegamos a la clínica Esperança: de un solo piso, estructura de cemento, techo de hojalata y pintada de azul que se veía más limpia

que el resto de las otras casas. El calor era insoportable, no había refugio. Entramos al edificio y toda la gente parecía que ya me conocía. Mi rostro expresaba todo lo que era, y querían saber mi nombre y desde ese momento yo era el “doctor Carlos”. Las mujeres eran de baja estatura, delgadas y de tez trigueña, y constantemente me ofrecían limonada helada. Todos los trabajadores me ayudaban. Los niños me tocaban. Sentía que yo era uno de ellos, que era su familia; ¡esto era lo que significaba la vida! Este era un lugar donde doctores, enfermeras y otros que querían ayudar, podían venir acá y hacerlo; y si uno se hallaba en un estado de confusión, podía hallar más felicidad aquí, que en los lujosos hoteles en Francia o los Estados Unidos. No había necesidad de beber, ni de consumir costosas comidas, la gente de la clínica era la esencia que hacía a uno ayudar a los necesitados con gusto.

Mientras contábamos nuestros relatos y reíamos, en la puerta de al lado, podíamos ver las conocidas filas de la gente pobre y descalza; las madres, anémicas y desnutridas, con sus bebés prendidos de sus pechos vacíos y con sus numerosos hijos de distintas edades, cogidos de los brazos maternos. La increíble desesperanza y tristeza de tener un hijo enfermo, estaba escrita en sus caras. Pero este lugar, llamado Esperança, era eso, lo que nosotros representábamos, y esto nos hacía felices a todos los que trabajábamos aquí. *¡El objetivo, era dar a esa gente un pedazo de nuestros corazones, tal como los frondosos árboles de la selva ofrecen sombra del agobiante sol!*

El doctor Haroldo estaba muy ocupado con muchos pacientes, pero me presentó a todos los trabajadores americanos: al doctor Fred Hartman, director de la clínica; su esposa, la enfermera Mary y otros voluntarios, como Patty Payton, quienes estaban muy atareados y tenían muchas anécdotas que contar. Ellos estaban muy

entusiasmados cuando supieron que yo era un pediatra. El cuidado pediátrico era un problema serio y la clínica estaba repleta de niños que estaban muy enfermos. Permanecí allí por el resto de la mañana para familiarizarme con mi nuevo ambiente.

Al mediodía estábamos agotados, y toda actividad cesaba en total; la clínica cerró sus puertas y todos fuimos a almorzar y tomar una siesta.

Harry me dio una motoneta para mi uso de transporte personal, y yo me sentía feliz, como un niño con un juguete nuevo. Recibí mi primera lección de manejo en el patio de la clínica, mientras los niños se reían de mi poca destreza. Nos dirigimos a almorzar. La cocinera era una encantadora mujer, y su comida, aunque liviana, era agradable, y me satisfizo como si hubiera tenido un gran banquete. La compañía y la conversación hicieron el almuerzo mucho más placentero. Después, Harry y yo manejamos nuestras motonetas por las polvorientas calles y llegamos a la casa donde permanecería con Harry. Mi cuarto estaba vacío; la cama era una hamaca, el piso de cemento, y el lugar era fresco. Tomé el consabido baño de agua caliente, que caía a gotas de una ducha de aluminio, que parecía una regadera. ¡Increíble! ¡Estaba al lado del río más caudaloso del mundo, con el veinte por ciento del agua fresca del planeta y no había suficiente agua para tomar un baño! Tal es la contradicción en estos lugares, que se aprenden las costumbres de la población, y por eso uno es aceptado por su gente, y no por las críticas que se puedan hacer.

Vestidos solamente con ropa interior, tomamos una pequeña siesta de mediodía, que es tan obligatoria en estos lugares calurosos de la selva, porque el cuerpo se debilita tanto, que uno no puede continuar el día entero trabajando, o ni siquiera mantenerse despierto.

Harry y yo despertamos una hora más tarde y tomamos otro baño. Nos vestimos con nuestras blancas y livianas ropas y nos dirigimos a trabajar en nuestras motonetas. La clínica, estaba llena de pacientes y todos estábamos listos para trabajar, como si fuera la mañana de un nuevo día.

Fui asignado a la sección de pediatría, la más atareada de todos los servicios. Vi de nuevo las familiares caras de las madres y sus niños agarrados de la mano. El idioma era portugués y mi español, con acento americano de treinta años, era suficientemente distorsionado, para sonar como si fuera portugués. Aprendí la entonación “cantante” del idioma, y mi “portugués brasileño” llegó a ser tan bueno como si hubiera vivido allí. Las quejas de los pacientes podían haber sido hechas en griego, pero yo ya sabía cuáles eran los problemas: diarrea, vómitos, falta de apetito...

Algunas caras de los niños mostraban apatía, sus cuerpos de color cobre, cabellos rojizos, piernas hinchadas, abdómenes protuberantes; todos los signos típicos de desnutrición y falta de proteínas.

La clínica estaba bien organizada y contaba con un buen laboratorio con jóvenes técnicos brasileños que eran entrenados en el lugar y que identificarían en esos microscopios binoculares un nuevo universo de microorganismos, tales como ameba, giarda y el protozoo que transmite el paludismo visto en todas sus etapas. Un estudiante podía aprender Medicina tropical en pocos días en este laboratorio. Los técnicos estaban siempre ansiosos por mostrarme los ejemplares microscópicos de mis pacientes, pero después de un tiempo, yo no necesitaba verlos, para diagnosticar las enfermedades parasitarias, y cuando estaba clínicamente seguro, entregaba los paquetes de medicinas y trataba de recomendarles a las madres que

hirvieran el agua como les habíamos dicho ¡ya mil veces!

Cualquiera de estos niños, sería candidato para admisión en cualquier hospital de los Estados Unidos, pero en estos lugares solamente los muy enfermos eran internados y sólo si había posibilidad de salvar sus vidas. Algunas veces teníamos que enviar niños a la lobrete y miseria de sus casas, donde morirían en paz, o a veces los padres los llevaban de nuevo a los llenos hospitales que —ya— antes habían visitado.

La clínica no era un hospital y los niños que allí atendíamos generalmente; los malnutridos y las víctimas de kwashiorkor (falta de proteínas), había que tratarlos con una dieta elevada en proteínas, pero haciéndolo lenta y pacientemente. Al mismo tiempo, las enfermeras enseñaban a los padres y a la gente, la importancia de este básico elemento nutritivo. Las costumbres de los padres, era la de hervir la carne de res o de pescado y darle a los niños el líquido y la parte sólida a los adultos, porque pensaban que la sopa era lo más nutritivo de ese alimento.

Todos trabajábamos con diligencia. *¡No había tiempo para enojos ni para las críticas!* Hacíamos lo mejor que podíamos y tratábamos de mantener buenas relaciones con la comunidad médica de la ciudad.

La Clínica Esperanza fue fundada por un médico naval veterano de Vietnam, el doctor Luke Tupper, que posteriormente entró al sacerdocio y viajó al Amazonas como médico franciscano para ayudar a la gente pobre. Era tan emprendedor y lleno de ambiciones por este empeño, que vino a San Diego a comprar y restaurar un viejo y desechado transbordador, conocido anteriormente como el “Point Loma”. Yo usaba esta embarcación como taxi entre Coronado y San Diego, cuando estaba en la Marina y su conductor era

el padre de uno de mis pacientes, a quien diagnosticué y traté de meningitis tuberculosa cuando recién iniciaba mi práctica en San Diego. ¡Qué coincidencia! Ahora esta barca estaba en el Amazonas sirviendo como un barco hospital donde se hacían todos los casos de cirugía.

Los días llegaron a ser rutinarios, casi no había tiempo más que para la Medicina. Al llegar la tarde, se cerraba la clínica y la gente seguía su actividad. Nosotros, quedábamos libres en las cálidas y frescas noches en esta ciudad de la selva amazónica. Podíamos ir al bar “Mascote” a las orillas del Amazonas y saborear las bebidas heladas que refrescaban nuestros espíritus. En aquellos años iniciales de la década de los setenta, Santarem no tenía televisión, las calles estaban repletas de gente gozando de la música samba, charlando y bailando. El hotel de turistas era otro lugar popular de reunión, debido a su limpia piscina y sus cómodos precios. Los días eran inclementes, pero las noches eran las mejores vacaciones que haya tenido. La compañía era interesante y valía la pena escuchar los relatos de cada uno.

En ese tiempo, la clínica estaba a punto de cerrarse por la pérdida del Padre Tupper, quien había fallecido recientemente. La situación era similar a la del Hospital Amazónico en el Perú, después que partió el doctor Jim. El espíritu ardiente de un médico o un individuo, mantenía prosperidad en esas misiones, pero cuando esa persona se iba o fallecía, los ideales de toda la empresa y el altruismo, terminaban con sus iniciadores. Lo que es triste y en cierta manera una gran pérdida, es que a veces no se hacen previsiones para que esas clínicas lleguen a ser independientes de modo que haya continuidad de cuidado médico, a pesar de la ausencia de su fundador. Esta clínica era lo que el Padre Tupper empezó y proba-

blemente tenían planes en mente para el futuro; en caso de esta eventualidad. Desafortunadamente, él murió en un accidente de motocicleta, en los Estados Unidos mientras entrenaba para oftalmología, y cuando estaba lleno de ideas y planes para el beneficio de los pobres en Santarém.

Sin embargo después de su muerte, se formó una fundación con la finalidad de perpetuar los anhelos y deseos del Padre Tupper. Gracias a su familia, especialmente su hermano, Jerry Tupper y otra gente devota, la clínica se mantiene operando. La organización, ahora “Fundación Esperança” creció significativamente. Yo mismo me asombré cuando volví, porque había crecido bajo la nueva directiva del director Chuck Post y el padre Bill Dolan, doctor en Medicina. Algo del romanticismo de la antigua clínica y el viejo barco hospital (que fue sustituido por un bote más pequeño) se había perdido, pero todo fue por el bien de la gente y eso era lo que más importaba.

Los doctores Fred Hartman y Harry Owens fueron las estrellas más brillantes de la clínica en esos difíciles días y mantuvieron la clínica y el barco a flote. Voluntarios y continuos grupos quirúrgicos que venían, daban un impulso moral a estos agotados, humanitarios y abnegados trabajadores. Eran los lazos de la pobreza con el mundo de la abundancia.

La clínica tomó la iniciativa de retener nativos para trabajar y aprender las diferentes actividades y dar a la gente cuidado médico. Eran los llamados “doctores descalzos”, generalmente ex pacientes, cuyas vidas habían sido salvadas en la clínica, y eran los mejores mensajeros de educación en salud.

Fue aquí, que conocí al doctor José García, un médico boliviano de porte esbelto, nariz aguileña, y el semblante con la mixtu-

ra de menos indio y más español. Lo apodé como “Almagro” por el parecido con el delgado conquistador español, en las épocas de la conquista del Perú. El doctor José, como se le conoce, es un hombre con un gran corazón y un dedicado médico, que ha estado trabajando en la clínica por muchos años.

El doctor García vino de Sao Paulo para ser entrevistado y asimilado al grupo. Sus credenciales estaban en orden, pero como sucede con todos los médicos que son nuevos, él era monitoreado. Hice inmediata amistad con él, que se encontraba solo. Su familia y sus hijos estaban lejos, su situación económica era un poco precaria y había sido un médico del ejército boliviano que buscaba asilo político de las revoluciones en su país. Podía simpatizar con él. Era filosófico, altruista y bien leído.

Él se alojó en el mismo lugar con Harry y yo. Al día siguiente fuimos a la clínica a trabajar. Todos lo observaban, hasta yo quería saber de su experiencia médica, su manera de tratar a los pacientes, y especialmente su compasión.

Este doctor conocía todas las enfermedades tropicales y era un veterano de muchas clínicas en la amazonia, era recatado y no presumido. Su primera paciente, una mujer joven que estaba algo demacrada, respirando con dificultad, presentaba lo que parecía un asma agudo, o una tuberculosis avanzada. El doctor García hizo el diagnóstico y le dio medicinas y la envió a casa. El doctor Fred, estaba muy consternado acerca de cómo se había manejado este caso, y pensó que la paciente debía haber sido hospitalizada. Harry, Fred y yo nos reunimos con el doctor José, para que éste expusiera su presentación clínica de la paciente. Él presentó el caso en forma tan erudita, usando incluso latín para precisar algunos signos de su enfermedad. Nosotros quedamos asombrados y vimos que su ma-

nejo clínico de la paciente era lo adecuado para el área, y lo que es más, él sabía que ya nada se podía hacer, estaba consciente que no había un hospital adónde llevarla; y que ella había venido de un hospital de la ciudad que previamente había visitado. La lección que aprendimos fue que este doctor conocía su Medicina y tomó las cosas como eran. No había necesidad de oír la letanía de cuán triste e inhumano era el sistema, lo cual era supuestamente una señal de ser un médico consciente y con compasión. Este doctor nos ahorra de esos expresivos sentimientos y luego continuaba con su próximo paciente. Todos nosotros habríamos hecho lo mismo, después de agotar todas las otras posibilidades.

El doctor José llegó a ser bien respetado y sus conocimientos y su compasión eran indiscutibles. Él ha trabajado por años sin fanfarrias ni glorias como un médico dedicado. Yo lo aprecio y añoro su filosófico acercamiento a la vida, en medio de la calurosa ciudad, en plena selva del Amazonas.

El tiempo pasó rápido, el trabajo fue arduo y las amistades tan duraderas, que cuando llegó el momento de partir, sentí que estaba dejando mi corazón y yo sabía que regresaría a este lugar muchas veces más. Mis pensamientos han estado siempre con esta bella ciudad de Santarém y sus amigables y sonrientes gentes.